

estaba cansado de su vida de pastor, dijo a Nicolásín:

—Mira, siento que mi vida se acaba. Pareces bueno y te regalo mi rebaño.

Y sin aguardar a que Nicolásín le diera las gracias, se marchó para acabar sus días en la aldea.

Poco después salió Nicolásón de la taberna, medio borracho, y cogiendo el saco se lo echó al hombro sin advertir la substitución.

—¡Cómo pesa el condenado! murmuraba el criminal Nicolásón.

Al fin llegó a la orilla del río, que era ancho y profundo y allí tiró el saco. Luego gritó: «¡Ahora puedes contar las historias que quieras!»

Cuando Nicolásón volvió a su casa, al llegar a la entrada del pueblo comenzó a frotarse los ojos, miró y volvió a frotárselos de nuevo.

La cosa no era para menos. Tenía delante a Nicolásín que guiaba un hermoso rebaño.

—Pero ¿eres tú? exclamó el hombre. ¿No hace unas horas que te he tirado al agua?

—En efecto, repuso Nicolásín; hace algunas horas que me tiraste al río.

—¿Y en dónde has encontrado esos bueyes magníficos y esas vacas tan lindas? preguntó Nicolásón en el colmo de la sorpresa.

—Son vacas y bueyes marinos. He aquí lo ocurrido, dijo Nicolásín: tuve mucho miedo cuando caí al agua, porque estaba fría y soy además

muy sensible a la humedad. En seguida me acatarro. No tardé en llegar al fondo y toqué tierra sin hacerme daño. ¡Es tan suave la hierba que crece allí! Una joven lindísima abrió el saco. Estaba vestida con un hermoso traje blanco, y una magnífica corona verde ceñía su cabeza. Tomándome de la mano, me dijo:

—¿Eres tú, Nicolásín? Pues aquí tienes algunos bueyes y vacas y a un kilómetro de aquí un rebaño entero que quiero darte como regalo.

Entonces ví que había muchas personas en el fondo del río, paseándose alegremente por ahí y cogiendo flores: Todos los valles y colinas estaban cubiertos de verde hierba que servía de pasto a numerosos rebaños como éste....

Y Nicolásín señalaba con orgullo el que le acababan de regalar.

—¿Y cómo te has vuelto tan pronto? dijo Nicolásón. Puesto que ese país es tan hermoso ¿por qué no te has quedado en él?

—Es que no he venido sino para dar una vuelta por casa, pero no tardaré en volver allá con mi ganado.

—¡Eres el hombre de la suerte, Nicolásín! ¿Crees que si yo fuera al fondo del río tropezaría con un rebaño como el tuyo?

—Es probable, repuso Nicolásín, pero yo no tengo fuerzas para llevarte en un saco hasta el río. Pesas mucho. Si quieres, vete hasta la orilla, métete en mi saco y entonces, todo lo que

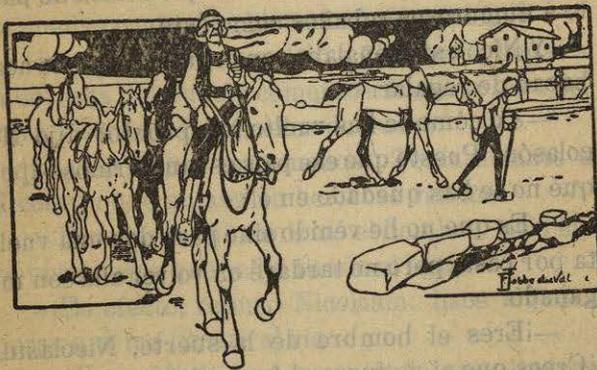
puedo hacer por tí, es tirarte al agua. Es un trabajo pero lo haré con mucho gusto.

—Convenido, dijo Nicolasón, mas te prevengo que si en el fondo del agua no encuentro un rebaño que me guste, a la vuelta te mataré.

—Estoy tranquilo por ese lado, afirmó Nicolasín.

Juntos fueron, en efecto, hasta el río. Las vacas y los bueyes, al ver el agua corrieron apresuradamente a la orilla para beber.

—Mira esos animales, dijo Nicolasín a Niclasón. Como son acuáticos, tienen prisa en volver al fondo del río.



—Tírame en seguida, o te doy una paliza que te reviento, gritó Niclasón.

Entonces se metió en el saco diciendo:

—Pon dentro una piedra grande porque, si no, tal vez no llegaría en seguida al fondo.

—No tengas cuidado, repuso Niclasín, que tú llegarás, y, al decir esto, de un empujón hizo caer el saco al agua, haciendo ¡plof!

—¡Mucho me temo, dijo Niclasín, que no encuentre muchos bueyes marinos!

Y guiando a los suyos se volvió a su casa.

Así castigó la justicia divina al malvado Niclasón.

## O. T

En octubre de 1829, se hallaban reunidos veintidós estudiantes en una fiesta en la casa de uno de ellos en Copenhague. Acababan de sustentar su *examen artium*, y la discusión que sostenían sobre asuntos que interesan a los estudiantes, era muy acalorada. Estaban para preparar su *examen philosophicum*, en el cual mostrarían sus conocimientos en latín.

—¿Qué opinan ustedes,—dijo uno de la partida,—de que nos reunamos una vez por semana en la casa de cada uno de nosotros, y nos ensayemos en las disputaciones? No se debe hablar una sola palabra en Danés.

—Sí, dijo otro, y llevaremos a nuestro mejor latinista, Otto Thostrup, de Jutlandia.

—No está con nosotros esta noche, notó el joven barón Wilhelm de Funen.

—Otto Thostrup, respondió el huésped, es ciertamente un muchacho listo, pero me parece también un poco altivo.

—Thostrup es un valeroso camarada, replicó el barón. Gusto de él mucho, aunque nó de su arrogancia, y de ella debemos tratar de librarlo.

—Herr Barón, dijo otro, soy de su opinión. ¿No beberemos por nuestra agrupación?

Los vasos fueron levantados de nuevo y la sala se estremeció con los brindis. El barón invitó a los jóvenes para que se reunieran la próxima vez en su casa y la compañía se dispersó. En los primeros días de Noviembre Otto Thostrup y el Barón se reunieron una noche en la casa de este último para prepararse ambos para el *philosophicum*. Hechizado por la elegancia de la casa del noble, y fumando sendas pipas que promueven anhelos de sociabilidad, la conversación se escapó del árido latín y recayó en temas personales. Otto habló de su vieja casa en Jutlandia y Wilhelm describió a sus dos hermanas, Sofía y Luisa. Mientras se hacían mutuas confidencias, fué atraída su atención por las dulces voces de muchachos que cantaban bajo la ventana. Llamados los cantores, Wilhem, que era un compositor de música, descubrió que uno de ellos tenía una voz admirable, y determinó darle una educación musical. Semanas después, por Navidad, los amigos toparon con el muchacho que iba acompañado de una niña de cara tan hermosa como la voz del niño. Ella era su hermana, según les informó y se llamaba Eva.

—Es una hermosa niña, dijo Wilhem, volviendo la cabeza para verla una vez más.

—No vuelva la cabeza, respondió Otto, es pecado.

—Un pecado perdonable, dijo Wilhem. Tengo una conciencia limpia. Nunca he molestado a un alma inocente.

Pronto pasó el invierno, y los dos amigos salieron con felicidad de su *examen philosophicum*. El día de San Juan muchos estudiantes, entre ellos Otto y Wilhem acudían a una fiesta popular cerca de Copenhague para pasar alegremente la jornada. Entre varios titiriteros se hallaba un juglar, un viejo en traje de campesino con una cara extraordinariamente fea. Wilhem y Otto fueron accidentalmente empujados entre la multitud, y el embaucador hubo de llamar a Otto para que le ayudara en alguna suerte chistosa. A medida que Otto observaba con atención la horrible cara, su propio semblante cambiaba visiblemente. Se tornaba encendido y luego palidecía mortalmente. Cuando el plato circuló entre los mirones, puso en él un marco, y el juglar guiñó los ojos al donante. Con maliciosa sonrisa dijo en voz alta:

—El señor Otto Thostrup continúa tan generoso y bueno como siempre.

—¿Le conoce a usted?, preguntó Wilhem.

—Tiene ese honor, murmuró el juglar y se alejó.

—Mostró sus habilidades en las posesiones de mi padre, susurró Otto.

Después de este incidente, Otto, que era un joven de fina complexión y agradable rostro, pero singularmente melancólico y de humor variable, se despidió de los estudiantes. Tras una noche pasada en los bosques, los mozos fueron a la playa a buscar algunas ropas, y descubrieron a Otto que tomaba en el mar su baño matinal. Los traviosos muchachos le escondieron sus vestidos en diferentes lugares a fin de que tuviera que buscarlos uno tras otro o bien de que no los pudiese encontrar. Encolerizado fuera de toda razón, por esta chanza sin importancia, Otto les amenazó con internarse en el mar y no salir más si no le devolvían sus ropas y se alejaban. Los estudiantes insistieron hasta que se dieron cuenta de que su camarada hablaba de veras. Se apartó de la ribera y se hubiera tal vez ahogado si el solícito Wilhem y otros, no le hubieran alcanzado. Pero en vez de mostrar gratitud al Barón, su primer acto, después de cubrirse con la tohalla, fué embestirle dando de gritos como un loco:

—¡Le aborrezco!

No se reunió con sus amigos, sino que se dirigió a la ciudad. Tan pronto como estuvo solo, se desvistió y examinó una cicatriz que tenía en el hombro. Esta cicatriz era lo único que quedaba de las letras «O. T», tatuadas cuando niño por el juglar con quien se había encontrado el día an-

terior en el parque. Estas letras eran el signo exterior del triste secreto de su vida. Había logrado borrar las letras mismas, pero la cicatriz permanecía; y temía que hubiera sido observada por el Barón lo que exitó sus violentas emociones. Mientras reflexionaba en la afección de Wilhem y en su arrojó al salvar su vida, se volvía humilde y a la mañana siguiente buscó a su amigo y solicitó su perdón que fué cordialmente otorgado. Wilhem insistió entonces en ser visitado por Otto en su casa de Funen, y los dos emprendieron juntos el viaje. Encontraron allí a las dos hermanas de quienes Wilhem hablaba a menudo: Sofía, inteligente y vivaracha y Luisa la gentil hada del hogar. Los dos amigos descubrieron también en una hostería en la que pasaron la noche a Eva, la hermosa hermana del pequeño Jonás el cantor. Wilhem se enamoró profundamente de la gentil niña, de alcurnia tan notoriamente inferior a la suya, y Otto se interesó también por ella y anheló tener ocasión de ayudarla. Fué motivo de vivo recocijo para ambos saber, un poco más tarde, que la madre de Wilhem tomó bajo su protección a la delicada doncella convirtiéndola en su compañera. Eva nunca obandonó la delicosa casita que se le proporcionó en Funen.

Durante la visita de Otto al Barón tuvo lugar la fiesta de la siega y entre los preparativos para ella los campesinos bailaron sus danzas acostumbradas en torno a la cuba de cerveza. Entre las

bailadoras había una de cabellos largos y ásperos y espesas cejas, todo lo cual unido a sus ademanes groseros le hacía notable y repulsiva.

—¡Infortunada niña! susurró Otto.

—¡Oh! no se da cuenta de su desgracia, replicó Wilhelm; es demasiado ruda para eso, demasiado parecida a los animales. ¡Qué diferencia!— continuó;—Eva nació sin duda en la pobreza, pero son tan diferentes como el día y la noche.

De Funen, Otto partió a visitar su hogar en Jutlandia. Esperaba hallar a su abuelo y a una vieja criada que por muchos años no habían salido del lugar; pero al cruzar el umbral de la puerta oyó cantar un salmo, y un carruaje se detuvo ante el zaguán. Llegaba el viejo sacerdote y Rosalía, la criada, lloraba copiosamente. Llegaba pues a tiempo para presenciar los funerales de su abuelo. Era, en consecuencia el propietario de la alquería, el único heredero, como era bien sabido. Es cierto que tenía una hermana, pero no la veía ni había vuelta a saber de ella desde su infancia. Decidió pues viajar para conocer el mundo, pero primero quiso admirar los lugares de importancia de su propia comarca.

Entre los aldeanos topó con una vieja ciega, quien le contó muchos incidentes de su infancia. Le dijo que él había sido un niño muy travieso y que una vez que un juglar alemán, llamado Heinrich, mostraba sus habilidades ante los lugareños, Otto echó a perder una de sus mejores suer-

tes, y que el hombre le dijo entonces al oído algunas palabras.

—Desde ese día no volvió usted a ser como antes. Esto resultó de las palabras mágicas que le dijo, añadió.

Esta explicación descubría la causa de la malicia del juglar y Otto comprendió que mientras viviera no estaría libre del resentimiento del charlatán.

—De aquí iré a Francia, exclamó. En Francia hay revolución. Allí podré olvidar estos cuidados.

Desde entonces volvió sus pensamientos hacia París, pero aunque había salido bien de su *examen philosophicum*, permaneció todavía algún tiempo en Copenhague. La encantadora Sofía visitaba con frecuencia la ciudad y en su aguda conversación halló grande entretenimiento. Pasaron ambos deliciosas veladas departiendo de poesía y filosofía, y Wilhelm añadía el sortilegio de la música a la elocuencia de la conversación. Se decidió, finalmente, que en abril ambos camaradas, Wilhelm y Otto, emprenderían juntos sus viajes. Pero llegó un primo de París el cual logró obtener un aplazamiento mayor para los proyectos.

—Debeis ver primero los jardines del Rhin, dijo, cuando las viñas presentan su gran variedad de tonos y los pesados racimos penden de

sus tallos. Después debeis ir a París, porque el invierno es el mejor tiempo para divertirse.

Aunque Otto no solía conceder mucha autoridad a las palabras del francesito, la idea de posponer para el otoño su salida de Copenhague y su separación de Sofía, se conformaba perfectamente con sus propósitos.

—Es indudable que será más prudente no comenzar el viaje hasta otoño, pensó. Podré prepararme mejor.

—Estará usted con nosotros hasta agosto, dijo Sofía. Es un plan sabio. Puede usted quedarse con nosotros en Funen algunos días.

Fué aceptada esta invitación alegremente por Otto y en efecto, en los más ardientes días del verano partió para Zealandia. Visitó muchas viejas ciudades y conventos y se propuso pasar una noche en la aldea de Landgrav. Cerca de ella se halla la cruz de San Anders con la imagen del Redentor. A medida que Otto se aproximaba a ella, le parecía ver un hombre puesto de hinojos; cerca de él estaba una caja con cubierta verde, y en el césped había una barjuleta, un par de zapatos y un nudoso bastón. Iba Otto a alejarse cuando el extranjero se levantó y le vió. ¡Ah! Permaneció como si hubiera echado raíces en la tierra: era el juglar alemán Heinrich a quien vió delante de sí.

—¿No es usted el señor Otto Thostrup? pre-

guntó el hombre con su mueca horrible y maliciosa. No esperaba hallarle aquí.

—¿Se halla usted bien? preguntó Otto.

—Los negocios comienzan a mejorarse. A usted le va mejor. ¡Santo Dios! qué usted haya llegado a ser tan gran caballero! Quién lo hubiera pensado cuando cabalgaba usted en mis rodillas y le tomaba yo en mis brazos! ¿Ha tenido usted noticias de su hermana? Oh, era una niña deliciosa.

—Nunca más, la he visto, ni a mis padres,—dijo Otto con un suspiro. ¿Sabe usted dónde se encuentra?

—Siempre estoy viajando, dijo Heinrich, pero sé mucho de esto: se halla todavía en Funen. Usted llegará a ser un rico terrateniente, y el viejo Heinrich sin duda obtendrá permiso para lucir sus habilidades en sus estados. Pero nadie hablará por cierto de . . . . la casa roja en Odense.

Estas palabras fueron murmuradas en voz muy baja.

—¿Recibiré de usted algún dinero? preguntó.

—Le daré más de lo que usted solicita, dijo Otto y le dió generosamente una buena cantidad de monedas. Pero permaneceremos como estamos a ahora, extraños uno a otro.

—Seguramente, replicó el embaucador. No sería cortés de mi parte llamarle a usted de otra manera que Otto Thostrup, pues que es usted tan buen caballero.

—Sí, y ahora adiós, dijo Otto, tendiéndole su mano de mala gana.

Este encuentro con la única persona que sabía el secreto de su nacimiento puso a Otto profundamente melancólico. Durmió poco por la noche. A la mañana siguiente tomó el vapor que iba a Funen, y en las sonrisas halagüeñas de Sofía y la grata alegría de la familia trató de olvidar sus cuitas. Wilhelm se había ausentado por uno o dos días, pero solía visitar la casa un rico gentilhombre, de pocos años, el *Kammerjunker*, y éste y Sofía retuvieron a Otto para pasar entretenidos la velada. Luisa le acogió con gentil efusión, y encontró a Eva tan adorable como un pálido jacinto rosa.

A la mañana siguiente del regreso de Wilhem, éste y Sofía hicieron señas a Otto para que se acercara y bajara a la galería de los criados, de donde salían risas estrepitosas. Una vez más el pobre Otto reconoció al juglar alemán, malévolo genio de su vida, que estaba divirtiendo a los criados reunidos. Descubrió también entre éstos a Sidsel, la muchacha que tanto le había disgustado en la fiesta de la siega. Se volvió rápidamente convencido de que le perseguía una aflicción, de que él no era responsable. Después que se tranquilizó la casa Wilhem, dijo a su huésped que salía a inspeccionar los graneros.

—Imagino, dijo que esa Sidsel permitirá al encantador dormir esta noche en el granero. De-